

Contra la confusión

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

Documentos subversivos

PARA comprender las hipótesis de trabajo del Supremo y la Generalitat, hay que traer a la memoria la bastardía de las ambiciones que, en nombre de la democracia, han marcado el paso de la transición desde la dictadura a una oligarquía de partidos estatales. La ilusión de las libertades públicas, en un pueblo que se habituó a vivir sin ellas, disimuló la realidad de poder hasta que la impotencia del régimen político puso de manifiesto la quiebra de la autoridad moral en las instituciones y el fuerte arraigo de la servidumbre voluntaria en los españoles. Hasta el punto de hacer intelectual y moralmente irrespirable la atmósfera pública, que apenas nos trae un murmullo de palabra verdadera y honorable. En lo personal, hay que alardear de cínico para no parecer un ingenuo idealista. En lo político, hay que hacerse el tonto para parecer útil, y votar. En lo social, las causas del conflicto, cuyos aliviaderos han sido tapados con el artificial consenso de la clase dirigente, no cesan de acumularse. Y lo que era inconcebible al término de la dictadura, el desmantelamiento del Estado de bienestar, la ilegitimación de los sindicatos reivindicativos, la revocación política de la jurisprudencia civil o la misma independencia de Cataluña, ahora se plantea como «hipótesis de trabajo» de la clase gobernante.

Los documentos elaborados por la Sala de lo Civil del Supremo y la Generalitat proceden de una misma inspiración subversiva. En la forma semiclandestina. En el fondo demoleedor de la unidad funcional o territorial del Estado. En la apelación a la Corona como único vínculo, común y simbólico, de una pluralidad de soberanías oligárquicas, cuyo modelo es la Monarquía polaca del siglo XVI. Fue allí donde el oligarca Zamoyske rechazó la corona que le ofreció la Dieta, pronunciando el lema de que «el rey reina pero no gobierna». El carácter simbólico del poder Real sitúa esas hipótesis de trabajo en un despejado horizonte de autonomía. Que para la Generalitat equivale a la independencia de Cataluña. Esos papeles sueñan con la España estamental de los Austrias. La que ahora el moderno nacionalismo catalán. Sin querer percatarse de que la autonomía de entonces no entrañaba riesgos secesionistas, porque en Cataluña reinaba y gobernaba el poderoso Rey de todas las poblaciones de España. Si ahora, con un Rey sin potestad, el Gobierno cediese todo el poder ejecutivo a la Generalitat, que es su hipótesis de trabajo, se consumaría la independencia de Cataluña. Pero mi antiguo amigo, el señor Pujol, no tiene razón para el enojo. En la propia Constitución se puede detectar la carga explosiva que encierra la lógica del Estado de las Autonomías.

En una reciente conferencia universitaria sobre el futuro de la Constitución, sostuve que el Tribunal Supremo debe asumir las funciones del TC, y que el presidente del Ejecutivo debe ser elegido por los ciudadanos, para separar los poderes estatales y reforzar, con la democracia formal, la unidad del Estado. La centrifugación de las oligarquías autonómicas se compensaría con la concentración de poder del voto presidencialista. Los expertos en nacionalismo periférico reducen el valor de la hipótesis subversiva al de una táctica para obtener ventajas de un gobierno débil, necesitado de su apoyo. Pero los que se tranquilizan con el mercado de las competencias autonómicas olvidan la naturaleza sentimental del nacionalismo, que crece su intensidad a cada satisfacción que obtiene. El señor Pujol es el único que sabe adónde quiere ir, si le dejan. El señor González se dispone a aligerar de equipaje al Estado en un viaje, con descarga en Maastricht y Barcelona, cuya estación término todavía no conozco. Al generalizar la particularidad catalana y vasca, el señor Aznar tampoco sabe hacia dónde camina. Y la frívola adicción al café para todos pone en cuestión, con el inconsciente extremismo de la Administración única, la unidad de España.

TRIBUNA LIBRE

Lógica militar y lógica política

[ALBERTO PIRIS]

NO tengo los medios necesarios para cumplir la misión», dijo, antes de la reunión de la OTAN de la pasada semana, el general que declinó seguir a cargo de la responsabilidad que le fue atribuida en las fuerzas pacificadoras de la ONU en Bosnia. Otro general, también al servicio de UNPROFOR, mostró también su desacuerdo con lo que él entendía como limitaciones «políticas» al cumplimiento de su misión. En el fondo de estas reclamaciones existe una razón común que las motiva: la lógica militar. Lógica que se basa en alcanzar la máxima eficacia de las fuerzas sobre el terreno y en el análisis de las diversas posibilidades existentes, en cada coyuntura concreta, para cumplir la misión que les ha sido asignada. Los generales discrepantes consideraron en este caso imprescindible poseer a su inmediata disposición una capacidad rápida de intervención mediante el fuego aéreo, sin tener que recabar autorizaciones superiores que, de una u otra manera, retardarían la rapidez de la reacción. La más irrefutable lógica operativa («quiero poder atacar en tres minutos las posiciones que me impiden cumplir la misión; en el peor de los casos, no después de media hora», argumentó uno de ellos) es la que aplican. No se les puede recriminar por ello, pues al hacerlo están cumpliendo profesionalmente con su oficio.

Lógica militar y lógica política se entrecruzan esta semana,

tras el ultimátum lanzado por la OTAN. Numerosas páginas se han rellenado con elaborados razonamientos sobre ambas lógicas, antes y después de Clausewitz. Si existiese una solución única y definitiva al problema, no sería necesario seguir reflexionando al respecto. Pero no es así y el mismo asunto seguirá planteándose en tanto

La lógica militar hubiera llevado a Mac Arthur a servirse de las armas nucleares en Corea

que se desee utilizar las armas —o la amenaza de su uso, como es el caso que ahora nos ocupa— como continuación de la política por medios violentos. La mera lógica de la operatividad militar (que, en último término, sólo aspira a ganar la guerra) hubiera llevado al general Mac Arthur a servirse de las armas nucleares en Corea. Sin embargo, la lógica política, aplicando parámetros diferentes, decidió otra cosa y el militar norteamericano hubo de aceptarla, aún a regañadientes. A veces, incluso, la lógica militar

puede buscar un mismo resultado —la victoria final— por distintos caminos; Rommel quizá hubiera podido alcanzar el canal de Suez y llevar a la 2ª Guerra Mundial por derroteros muy distintos si no se hubiesen desviado los recursos militares que él solicitaba desde el norte de África para montar la vasta operación contra la Unión Soviética, decidida personalmente por Hitler quien, al hacerlo, actuaba, no tanto como dirigente político sino como supremo conductor militar de los ejércitos del Reich, y consideraba que su concepción estratégica de la lucha contra los aliados pondría fin victorioso a la guerra.

Siempre ha sido inevitable la tensión entre los mandos militares, desplegados sobre el terreno y preocupados sólo por ganar batalla tras batalla, y la dirección política establecida en retaguardia y sumida en un complejo entramado de problemas, de los que la conducción de la guerra puede ser quizá el más importante, pero no el único. Por esto, entraba en la lógica política del secretario general de la ONU conceder una iniciativa limitada a los jefes militares a su servicio, pues tenía razones sobradas para temer que la lógica militar, aplicada naturalmente hasta sus últimas consecuencias, pudiera resultar más perjudicial que favorable para el fin último que se persigue en lo que fue Yugoslavia. Esta lógica es, por otra parte, muy discutible, porque el fin político de la intervención militar de la ONU en los Balcanes nunca ha sido establecido con suficiente claridad... al menos hasta ahora. Los jefes

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas mecanografiadas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. EL MUNDO podrá dar contestación a las cartas dentro de la misma sección.

La crisis de Gil Stauffer

Sr. Director:
Un grupo de empleados afectados por la profunda crisis que sufre Mudanzas Gil Stauffer, hasta la fecha prestigiosa empresa del sector, desea poner en conocimiento público la lamentable gestión que están desarrollando los dos nuevos propietarios, señores D. Alvaro Marañón y Bertrán de Lis y D. José Luis López Alonso. La obsesión primaria de estos dos

señores ha sido siempre desprenderse del mayor número de personas en plantilla. Una de las principales razones por la que se interesaron en su compra fue la imagen de marca de esta empresa; la otra, el importante capital inmobiliario que tenía la familia Gil Stauffer, ya desligada del negocio, según versiones difundidas por estos señores interesadamente.

Existen indicios para pensar que estos señores vinieron a esta empresa con un fin especulador más que empresarial, con el objetivo primero de enriquecerse individualmente, sin pararse a sanear la empresa de una forma ordenada y lógica, y conseguir también

riqueza, pero manteniendo puestos de trabajo y a su vez incorporando personal joven, sustituyendo a los mayores.

Desde el desembarco de estos señores, el deterioro del servicio ha sido patente, debido principalmente a la otra obsesión que les ha guiado en su proceder: la subcontratación con terceros.

Dada la situación injusta en la que nos encontramos, al no existir ninguna negociación con la empresa para poder salir de ella de una manera digna —ya que la sola respuesta que obtenemos es que no pretendamos bajas incentivadas pues no hay dinero!—, nos vemos obligados a luchar, como

podemos, por nuestros puestos de trabajo.

VENERADO GONZALEZ
Y 49 AFECTADOS MAS
Madril

¿Quiénela por Bosnia?

Sr. Director:
Casi dos años ya de agresión contra Bosnia. Desde aquel 6 de abril de 1992 los medios de comunicación vienen desgranando la cantinela de muertos sin nombre ni rostro: los 16 muertos y 150 heridos en la cola del pan, los 9 muertos delante de una heladería en Polje, los 15 muertos y 100 heridos de Dobrinja, los 8 muertos entre los